

Filosofía y literatura: apuntes sobre la cuestión del género en la filosofía de María Zambrano

“Un artista convencido de haber encontrado su propio estilo está perdido.”

Kandinsky

I.- Razón poética y Filosofía

El uso del término filosofía para hablar del pensamiento de María Zambrano parece, de entrada, problemático. Esta problematicidad radica en el estilo poético de la autora. El uso recurrente de metáforas, de imágenes, de símbolos, el carácter narrativo de sus escritos parecen acercarla más a un género experimental de prosa poética que al discurso conceptual de la filosofía. De ahí que algunos intérpretes hayan preferido hablar de una “escritura transgénérica” para referirse a esta obra¹. María Zambrano, por su parte, describirá su propio quehacer como la búsqueda de una “razón poética”, de una unidad entre filosofía y poesía. No se trata aquí de valorar el fracaso

o los logros de una tamaña empresa sino de los motivos que subyacen a esta propuesta. Probablemente una filosofía se mide menos por los resultados a los que llega que por el valor de su tentativa, la cual se cifra en los caminos que abre, en lo que ésta nos da a ver. Esto es especialmente cierto en el caso que nos ocupa porque María Zambrano escribe mayormente ensayos, es decir, un género menor de filosofía, una forma de expresión filosófica que se caracteriza por la humildad de no querer presentarse como algo definitivo y que asume su carácter fragmentario y necesariamente inacabado².

El término “razón poética” induce a la marginación en ciertos círculos académicos. Si la filosofía coquetea con la literatura, si no es razón discursiva sin más y por el contrario se pretende poética, si el pensamiento abandona su rigor para someterse al arbitrio del arte, a qué hablar aún de filosofía. Esta crítica no llega sólo desde la estrecha mirada positivista, sino que también pesa sobre este tipo de razón como una losa la condena de alguien,

¹ Bundgård, Ana, “Los géneros literarios y la *escritura del centro* como transgénero en la obra de María Zambrano”, en *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, nº 3, febrero 2001, pp. 43-51.

² En su polémica con Lukács, quien concibe el ensayo como una forma artística menor frente a la dignidad de la filosofía, Adorno reivindica el carácter filosófico del ensayo justo en la medida en que la filosofía ha dejado ya de lado su pretensión sistemática de decir la totalidad. Sobre esta cuestión ver Adorno, “El ensayo como forma”, en *Notas sobre literatura, Obra Completa, 11*, Akal, Madrid, 2003, pp.11-34.

tan alejado del discurso sistemático, como Adorno:

“A ese ideal de filosofía a todo trance científica le corresponde como complemento y anexo — (...)— un concepto de poesía filosófica cuya arbitrariedad respecto a la verdad sólo se ve superada por su inferioridad estética y por su lejanía de cuanto sea arte; se debería liquidar sucintamente la filosofía y disolverla en las ciencias particulares antes que venir en su ayuda con un ideal literario que no representa más que un ropaje ornamental de falsas ideas.”³

Cuando se insiste en la poética o en el misticismo de la escritura de Zambrano, e incluso cuando se la concibe como transgénero, se corre el peligro de ceder ante este tipo de crítica, peligro que, es cierto, la autora no deja de suscitar cuando apela a la unidad de filosofía y poesía. Para escapar a esta acusación no basta con afirmar que este tipo de escritura se sitúa más allá de estos juicios, que ni siquiera la rozan por saberse a salvo en su quehacer. La tarea consistiría más bien en mostrar cómo en el seno de esta obra se deconstruyen los mismos conceptos de filosofía y literatura que están detrás de estas críticas, cómo María Zambrano muestra que la filosofía, desde su origen, no es sino un género literario más y la literatura, tal y como la entendemos hoy, un género reciente que nace como reacción al discurso filosófico. Frente a ambas existe un género de discurso, la confesión, que María Zambrano analiza y toma como modelo hasta el punto de que buena parte de su obra y su estilo podría comprenderse de este modo. Es en la confesión donde discurso argumentativo y palabra poética se aúnan para recordar a la filosofía y la poesía sus carencias. Con ello el pensamiento de Zambrano actúa como un correctivo al discurso filosófico contemporáneo, su aportación consiste en recordar a la filosofía su vínculo con el lenguaje, a forzarla a replantearse su propio estilo en la medida en que quiera

seguir siendo un camino de transformación del alma humana en lugar de abandonarse al ideal científico.

II.- *Filosofía, poesía y literatura*

Cuando se le niega a la obra de Zambrano la calificación de filosófica se hace desde una concepción de la filosofía entendida como discurso conceptual y sistemático capaz de acceder a la verdad de lo real. Esta concepción de la filosofía heredera de una modernidad que la acerca peligrosamente a la ciencia hace tiempo que está en crisis. De un lado la filosofía ha renunciado a la pretensión de sistematicidad, aunque no por ello a su carácter de revelación o iluminación de la verdad (como es el caso de Adorno); de otro lado, una filosofía de carácter nietzscheano, aunque heredera del escepticismo kantiano, ha renunciado a la pretensión de verdad, entendida como adecuación con la realidad, y redefine la filosofía no por su aspiración a la verdad sino por su carácter conceptual frente al valor afectivo del arte (este es por ejemplo el caso de Deleuze). El valor del pensamiento de Zambrano en este ámbito de sentido es devolver a la filosofía su carácter afectivo, mediante la relación constitutiva que ésta tiene con el lenguaje, sin por ello renunciar a la verdad, aunque no se trate ya de una verdad entendida como adecuación sino como “verdad operante”.

Es en *Filosofía y Poesía* (1939) y en *La Confesión, género literario* (1943) donde María Zambrano desmenuza las relaciones entre filosofía y literatura. En estas obras se lleva a cabo una verdadera confesión, una confesión que saca a la luz ciertas verdades que la historia de la filosofía encubre. Como si se tratase de alargar la pequeña *historia de un error* de Nietzsche⁴, estas obras descubren el viejo error que se esconde tras el modo de concebir e historiarse

³ Adorno, Th. W., *La actualidad de la Filosofía*, Paidós, Barcelona, 1991, p.84.

⁴ Nietzsche, F., “Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en una fábula”, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza Ed., 1993, p.51.

el discurso literario y el filosófico. De entre los tópicos que deshace en estos textos la mirada humilde de Zambrano cabe destacar los siguientes:

(1) En primer lugar la filosofía no se distingue únicamente de la poesía por su aspiración a la verdad. Hay algo previo que las separa. La filosofía, la que nace con Platón, no busca la verdad sino porque quiere una transformación de la vida. La necesidad de la vida es lo primero que guía al filósofo, lo que quiere ser transformado en virtud de la verdad. “Era necesario, irremisible, que en Platón la filosofía, que es teología y es mística, apareciera con irreconciliable enemistad para los poetas y su sueño. La razón decisiva era que se proponía salvar lo que la poesía solamente lamentaba; pretendía dar vida, no la vida pasajera, sino otra vida más allá de la mordedura del tiempo, a este mundo adorado de la belleza del que la poesía únicamente supo llorar su destrucción, lamentar su continua muerte, su naufragio en los mares del tiempo.”⁵ Es importante el giro que aquí lleva a cabo Zambrano. La filosofía no pretende únicamente salvarse de las apariencias, alcanzar un cielo de verdades inmutables y prepararse de este modo para la muerte, la filosofía pretende también “salvar las apariencias”, ofrecerles una unidad cuya ausencia la poesía se limita a lamentar. Esto significa que la filosofía es consciente, como lo es Zambrano, de que el hombre necesita una transformación, de que su vivir enmarañado requiere una verdad que le permita transitar, trascender. El problema de la filosofía, y ahí está la actitud que le diferencia de la poesía, es que quiere esta transformación de manera apresurada, quiere la transformación de la vida sin adentrarse en sus entrañas mientras que la poesía se aferra a ellas sin tratar de transformarlas. “El poeta no quiere salvarse”, dice Zambrano, “la poesía es embriaguez y sólo se

embriaga el que está desesperado y no quiere dejar de estarlo. El que hace de la desesperación su forma de ser, su existencia”⁶. Sin embargo o precisamente por ello la poesía posee una humildad de la que carece la filosofía, las verdades del poeta son verdades recibidas por donación, mientras que la filosofía es búsqueda lúcida y decisión. Algo de esta humildad debiera haber aprendido la filosofía para salvar de veras las apariencias. Se trata pues de dos géneros de creación por la palabra, de dos actitudes ante la vida, dos modos de trascender a través del lenguaje.

(2) El segundo desplazamiento que opera la mirada de Zambrano, en la medida en que el punto de vista es el de la actitud de la palabra ante la vida, es el emparejamiento entre la filosofía moderna y el nacimiento de la literatura que se cifra en la aparición de la novela como género literario por excelencia. La filosofía moderna, la que nace con Descartes, olvida por completo su pretensión de transformar la vida. La filosofía se hace — como dirá Kierkegaard— desinteresada, reduce la vida a conocimiento. Con Descartes la filosofía trata de hallar el mundo intacto, objetivo, desasido de pasiones. El idealismo, por su parte, dota a la verdad de los caracteres de la vida, hace de la verdad devenir, movimiento, pero es un falso movimiento, un mero movimiento lógico puesto que no enseña al hombre cómo pasar de la inmediatez a la verdad, salta por encima de ella y la inmediatez, la pasividad de la vida queda abandonada. “Si la vida no es reformada por el entendimiento, ganada por la verdad que él le ofrece, si la verdad que él sirve no sabe enamorarla, se declarará en rebeldía.”⁷ Es esta rebeldía de la vida humillada la que se expresa en la novela y en la vida literaria que aparece por vez primera en las *Confesiones* de Rousseau. La novela es, para Zambrano, la historización de la vida del corazón

⁵ Zambrano, M., *Poesía y Filosofía*, Madrid, F.C.E., 1993, p.61

⁶ Zambrano, M., *Poesía y Filosofía*, íbid., p.33.

⁷ Zambrano, M., *La Confesión, género literario*, Madrid, Siruela, 1995, p.18.

entrañado, la falsificación imaginaria de la realidad, la creación de un yo ficticio en busca del paraíso perdido. Del *Quijote* a Kafka la literatura no cuenta sino la historia de alguien que en lugar de penetrar en sus entrañas se olvida de sí mismo para inventarse un destino, de alguien que huye hacia delante, que se pretende autor de su propia vida y que en Kafka halla el sin-sentido y la imposibilidad de su búsqueda, pues la novela “se ha cerrado por la tragedia que la propia novela encubre”⁸. La poesía, por su parte, corre una suerte semejante. La poesía pura no se presenta sino como la defensa de ese “jardín interior”, de esa verdad intransitable de la que la filosofía ni siquiera ha querido escuchar. Rimbaud es tal vez el poeta que ha encarnado este ideal de manera trágica, quien ha agotado su vida a favor de un instante literario por el que sólo valía la pena vivir. Filosofía y poesía, literatura novelesca, disociadas al fin, dejan al hombre desamparado, sin conversión de la vida por la verdad. En este sentido filosofía y poesía no se enfrentan, son hermanas, ambas labran el mismo camino para dejar al hombre moderno intacto en su tragedia, sin posible transformación.

(3) Podría pensarse que con el romanticismo poesía y filosofía aúnan sus esfuerzos y resuelven el dualismo entre la vida y la verdad. Podría pensarse en esta misma medida que la “razón poética” de María Zambrano es un proyecto romántico y por lo tanto condenado al fracaso. Sin embargo lo que el romanticismo hace es, bajo su idea de “intuición”, crear una nueva verdad aunque pretenda desvelarla. “Aun suponiendo que todo lo que dicen los románticos sea verdad, lo será en todo caso para ellos en el instante de inspiración, no para los que solamente son hombres, criaturas creadas, dotadas de libertad, mas de una libertad que está enclavada dentro de la más perentoria necesidad.”⁹ Kierkegaard, y más tarde Rim-

baud, serán los encargados de devolver la humildad al hombre, de traer la conciencia del pecado que hace del hombre una criatura y no un creador exacerbado. Porque en el romanticismo la poesía olvida su humildad se hace, como la Filosofía, creadora. De ahí que, en Zambrano, no pueda considerarse la poesía como “fundación del Ser por la palabra”, pues también la poesía ha faltado a la verdad y por faltar a la verdad ha faltado a la vida.

III.- La confesión como método: la búsqueda del estilo

Es en la *Confesión*, género literario donde Zambrano halla una forma de escritura que a diferencia de la filosofía y la literatura es consciente de la situación indigente de la vida y por ello se propone transformarla. La confesión es una queja transformada, la revelación de quien escribe con humildad y fidelidad a la verdad que trata de ser comunicada. La confesión supone un cierto uso de la memoria, una repetición, el “relato de nuestro ayer”, pero se distingue de la historia en el hecho de ser ejecutiva, de “llevarnos a hacer la misma acción que ha hecho el que confiesa”, y en que es además la confesión de una “culpa”, de una situación sin salida que impide el transitar de la vida. Para llevar a cabo esta ejecución la confesión devuelve al lenguaje su carácter afectivo, introduce en el lector la necesidad de este abrirse paso de la vida que es la verdad. El tiempo de la confesión es lento, la culpa tarda en ser transmutada. Este modelo de escritura que Zambrano halla en San Agustín puede ser considerado el método propio de buena parte de su obra. No se trata aquí evidentemente de un culpa individual, de un avatar biográfico, sino de una culpa histórica, de la culpa de Occidente, de lo que Zambrano nombra “nuestro drama”¹⁰. La confesión que Zambrano escribe en *Filosofía y*

⁸ Zambrano, M., *El sueño creador*, p.128.

⁹ Zambrano, M., *Filosofía y Poesía*, op. Cit. p.81

¹⁰ *La Confesión*, p.16.

Poesía, en *La Confesión, género literario*, en *El Sueño creador*, y en buena parte de sus numerosos artículos es la del drama occidental que no ha sabido encontrar por los géneros de creación por la palabra una verdad que transformase la vida entrañada, que permitiese al hombre renacer. Estas obras se caracterizan por su narratividad, por su condición de relato. Son el relato del drama que han encarnado filosofía, poesía y literatura cuando enfrentadas, abrazadas, creándose las unas a las otras, no han hallado el camino para que la verdad fuese de veras el “transitar de la vida”. Esta confesión de nuestra historia literaria está dibujada a grandes trazos, incluso algunas imprecisiones pueden aparecer a los ojos del lector docto, sin embargo la imprecisión se contrarresta por la lucidez de la mirada que agrupa de modo singular lo que parecía disperso y une lo que a la mirada común parecía enfrentado. Tras la confesión de Zambrano filosofía no es ya más lenguaje de verdad ni literatura lenguaje de ficción, pero tampoco se trata únicamente de una diferencia interna al texto, a los modos del

decir. Lo que las diferencia es algo previo, su actitud ante la vida entrañada, su modo de transformarla o de dejarla intacta para cantar su infierno. El estilo de estas obras, su narratividad, pueden alejarlas del ensayo filosófico al uso, en contrapartida el estilo busca lo que toda confesión: “producir un efecto” en el lector, ser ocasión de una verdadera comunicación¹¹. Como Kierkegaard y Baudelaire, María Zambrano trae conciencia de este modo al hombre contemporáneo, trae a la memoria la culpa olvidada, le devuelve a su situación indigente. La “razón poética” puesta en obra en *Claros del bosque* (1977) y *De la Aurora* (1986), textos en los que la estructura argumentativa ya ha desaparecido¹², requerían de esta confesión previa en la que María Zambrano se dejó gran parte de su vida. Si hay un estilo, un género que María Zambrano supo renovar, es el de la confesión. La confesión es el género que acoge el estilo más propio de la obra de Zambrano del que la “razón poética” fue su último y legítimo hallazgo.

¹¹ Zambrano, M., “Por qué se escribe”, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, 2002, pp.35-44.

¹² Un análisis de este texto puede hallarse en Laurenzi, Elena, “María Zambrano, filósofa de la Aurora”, en *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, nº 3, op. Cit., p.16-24.